

MISCELÁNEA DE CUENTOS

Yo y el ladrón

Wenceslao Fernández Flórez

Cuando el señor Garamendi se marchó a veranear, me dijo:

-Hombre, usted, que no tiene nada que hacer, présteme el favor de echar, de cuando en cuando, un ojo a mi casa.

No es cierto que yo no tenga nada que hacer, y el señor Garamendi lo sabe perfectamente; pero él opina que cuando uno no sale a veranear, y no es por causa de algún gran negocio, es para dedicarse totalmente al descanso, con la voluptuosa pereza de no buscar los billetes ni cargar con la familia. Me limité a preguntar:

-¿Qué entiende usted exactamente por “echar un ojo”?

-Creo que está bien claro-contestó de mal humor.

-¿Debo pasearme por las habitaciones de su casa con un ojo abierto, posando sucesivamente la mirada en los muebles, en los ... ?

-No. ¡Qué tontería! Quiero decir que me agrada que pase usted algún día frente al edificio y vea si siguen cerradas las persianas, y que le pregunte al portero si hay novedad, y hasta que suba a tantear la puerta. Usted no sabe nada de estos asuntos, pero en el mundo hay muchos ladrones, y entre los ladrones existe una variedad que trabaja especialmente durante el verano, y es a la que más temo. Se enteran de cuáles son los pisos que han quedado sin moradores, y los desvalijan sin prisas y cómodamente. Algunas veces se quedan allí dos o tres días viviendo de lo que encuentran, durmiendo en las magníficas camas de los señores, eligiendo concienzudamente lo que vale y lo que no vale la pena de llevarse. No hay defensa contra ellos. La primera noticia que se tiene es el desorden que se advierte en la casa al volver, cuando ya todo es irremediable y lo robado está mal vendido o bien oculto.

-Bueno- concedí, bostezando -; pues echaré ese ojo.

La verdad es que no pensaba hacerlo. Garamendi abusa un poco de mí con sus encomiendas engorrosas desde que me hizo dos o tres favores que él recuerda mejor que yo. Luego..., luego me abrumba con sus gabanes, con sus puros, con sus gafas, con su vientre, con sus muelas de oro. Cuando descubro un nuevo defecto

en él, tengo un placer íntimo. Entonces le encontré pusilánime.

Tener miedo a los ladrones me pareció la más grotesca puerilidad. Yo no creo en eso.

Pasaron los días; me recreé en el calorcillo de Madrid, me senté en algunas terrazas, recordé mi niñez volviendo a ver las viejas películas que los cines exhiben a bajo precio en estos meses, y una tarde que estaba más ocioso y más emperezado que nunca en mi despacho, pensando vagamente en que era demasiado ascético al dormir tan sólo una hora de siesta, cuando nada me impedía dormir dos, y que la humanidad no me agradecería jamás este sacrificio, recordé de repente:

-¡Anda! Pues no he pasado ni una sola vez ante la casa de Garamendi.

Y únicamente -lo aseguro- para poder darle mi palabra de honor de que había atendido su encargo, aproximé lentamente mi mano al teléfono y marqué su número.

Oí, medio desmoronado en la butaca, el ruido del timbre que sonaba en la desierta vivienda del veraneante.

-¡Trrrr...! ¡Trrrr...!

Y... nada más.

Una voz apagada, desconocida, llegó por el hilo:

-¿Diga?

-¿Cómo <>? -exclamé, extrañadísimo-. ¿No es ésa la casa del señor Garamendi?

La voz se hizo atiplada como la de las máscaras que disimulan, y clamó con una alegría que no venía a cuento:

-¡Sí, sí! ¡Es aquí, es aquí! ¿Cómo está usted?

Me quedé estupefacto.

-Oiga -hablé-, ¿me hace el favor de decir qué está haciendo...?

Siguió un silencio embarazoso.

-¿No será usted un ladrón?

Nueva pausa.

-Si es usted un ladrón, no me lo niegue- exigí.

-Bueno-dijo la voz, ya con acento natural, un poco ronca-. La verdad es que, en efecto, soy un ladrón.

-¡Pues me ha fastidiado usted, porque tengo mucha amistad con el señor Garamendi, y me encargó al marchar que vigilase su casa! A ver ahora qué le digo.

-Puede usted contarle lo que sucede-insinuó la voz, un poco acobardada.

-¡Bonita idea!-protesté-. ¿Cómo voy a confesarle que estuvimos dialogando? Aún, si usted no hubiese cometido la idiotez de contestar...

-Fue un impulso espontáneo-se disculpó-. Estaba aquí, junto al teléfono; sonó y, maquinalmente, me puse al habla. Yo también tengo teléfono, y la costumbre...

-¡Vaya conflicto!

-Crea usted que lo siento de veras.

-Claro que si le pido que deje ahí todo y vaya a entregarse a la comisaría más próxima...

-No; no lo haría... ¿Para qué engañarle?

-Al menos, dígame : ¿se lleva usted mucho?

-No hablemos de eso; una porquería. Perdóneme si le ofendo, pero ese amigo de usted no tiene nada que le quite a uno de cuidados.

-¡Hombre, no me diga...! La escribanía de plata es maciza y valiosa...

-Ya está en el saco, y unas alhajitas y el puño de oro de un bastón y dos gabanes de invierno. Nada. No es negocio.

-¿Vio usted una bandejita de plata que debe de haber en el comedor, con unas flores en relieve?

-Sí.

-¿Está en el saco?

-No. Las otras, sí; pero ésa apenas tiene un baño; es de metal blanco.

-Bien; pero no negará que es bonita.

-No vale nada.

-Llévesela usted.

-No quiero.

-¡Llévesela usted, idiota! ¿No comprende que si la deja van a darse cuenta de que no es de plata? Y... se la he regalado yo. Llévesela.

-En fin..., por hacerle un favor; pero sólo me servirá de estorbo.

-¿Ha recorrido ya toda la casa? Yo no conozco más que el despacho. Creo que está bien puesto, ¿no?

-¡Psch! Muchas pretensiones; poco gusto. Debe de tratarse de un caballero roñoso.

-Es triste, pero no lo puedo negar. Y también es cierto que carece de gusto.

-¿Quiere usted creer que tiene dos escupideras en el salón?

-¡No!

-Como usted lo oye. ¿No ha entrado nunca en el salón? Pues se ha perdido un espectáculo divertido. Yo tengo costumbre de visitar casas bien amuebladas, y le aseguro que ésta es una calamidad.

-¡Vaya, señor! Siempre me pareció que Garamendi presumía demasiado.

Ahora que...la alcoba de la señora..., de ésa sí que dicen que es un estuche,

¿verdad? Garamendi afirma que le costó una fortuna. ¿Cómo es, cómo es?

-No me fijé en detalles... ¿Quiere que vuelva?

-¡Oh, por Dios! No vaya usted a creer que me gusta el cotilleo. Era por... ¡qué sé yo!

-Lo que encontré allí fueron pieles bastante buenas.

-Lo creo. Tiene una capa de renard.

-Está en el saco. Y un gabán de cibelina.

-Sí; eso vale más, pero también es más llamativo. Lo envidiable es la capa de renard.

-¿Le gustaba a usted?

-Le gustaba a Albertina... una amiga mía...; para decirlo de una vez: a mi novia. Un día vimos a la señora de Garamendi con su capa y Albertina no habla de otra cosa. Creo que me quiere menos porque piensa que nunca podré regalarle unas pieles de zorro como ésas.

-¿Quién sabe? ¡Caramba! No hay que amilanarse.

-No... nunca; es bien seguro...

Un silencio.

-Oiga..., señor.

-Dígame.

-Si usted me permite, yo tengo mucho gusto en ofrecerle esas pieles...

-¡Qué disparate!

-Nada... Me ha sido usted simpático y...

-Pero... ¿cómo voy a consentir...? ¿Va usted a quedarse sin ellas por...?

-No se preocupe. Yo ya tengo las otras, y no va a ser uno más pobre...

-¡Ea, que no!

-Bien; pues entonces se las ofrezco a Albertina. Ahora no podrá usted desdeñarlas... Piense en la alegría que tendrá...

-Sí; eso es cierto...

-¿Adónde las envió?

Le di mis señas.

-¿Manda usted algo más?

-Nada más. Y muy reconocido. Que termine “eso” con suerte.

-Gracias, señor.

"El dueño de la luna"

Gianni Rodari

(1920-1980)

"Cuentos largos como una sonrisa"

En tiempos muy antiguos, la ciudad de Huma estaba dominada por el tirano Kum, de una fuerza excepcional, rico y cruel. Huma había conocido otros tiranos, pero ninguno dotado de una fantasía tan perversa.

Una mañana, Kum mandó llamar a su Primer Consejero, un tal Men.

–¿Quién soy yo? –preguntó Kum a Men, con voz amenazadora.

–Vos sois nuestro señor y dueño.

–Bien dicho –rugió Kum–. Y si hubieras contestado de otra manera, habría mandado cortarte la cabeza. Y, ahora, dime: ¿quién es el dueño de Huma?

–Vos sois el dueño de la ciudad y de todos los ciudadanos. Hasta el último cabello que nos crece en la cabellera os pertenece.

La respuesta había puesto de buen humor al tirano, que prosiguió así:

–Escucha. Todo es mío, lo sé y todos lo saben. Pero eso no me basta. Mía es la tierra y los campesinos me pagan el arrendamiento. Míos son el hierro y el acero. Son mías las calles y la gente tiene que pagar un impuesto para poder caminar por ellas. Mía es el agua y mis fieles súbditos me la pagan en dinero contante y sonante.

Pero aún hay muchas cosas que son mías, óyelo bien, mías y de nadie más, de las cuales el pueblo dispone a su antojo, estafando a su dueño que soy yo. Mío es el aire y todo el mundo lo respira a placer. Mío es el Sol y los campesinos utilizan gratis sus rayos para hacer crecer el trigo y secar el heno. Mía es la Luna y la gente pasea por la noche a lo largo del río, bajo su luz. Esa es la verdad. Vosotros recibís la luz de la Luna. Vosotros la consumís todos los días. ¿Qué haré yo cuando La luna se haya gastado por completo?

El pobre Men ni siquiera se esforzó en imaginar lo que ocurriría en semejante caso. Pero, como no tenía nada de estúpido, comprendió adónde quería ir a parar el tirano con su discurso, y se apresuró a adelantarse.

–Amabilísimo señor –susurró–, perdonadme por tanta distracción. Debería haber pensado en ello hace mucho tiempo. ¿Por qué no establecemos un impuesto sobre el consumo de la Luna? Una pequeña tasa...

–¿Por qué pequeña? –tronó Kum.

–No quería decir pequeña, señor. ¿He dicho pequeña? Me cortaré la lengua como castigo. Una fuerte tasa, quería decir. Una moneda de plata por cada rayo.

–¡Dos! –gritó Kum–. ¡Dos monedas de plata! Y pronto. Empezaremos esta misma noche. Da inmediatamente las órdenes pertinentes.

Para cobrarlo, el Primer Consejero instituyó un cuerpo de policía especial, llamado la "Guardia de la Luna", que vestía con un uniforme todo negro, con una luna pintada sobre el pecho.

Llegó la noche y apareció la Luna. La gente caminaba con la cabeza baja para no mirarla, cosa que enrabió a los guardias.

Durante aquella primera noche, cayeron los forasteros, los viajeros de paso, que

no conocían las leyes del señor Kum. Pero la voz se difundió muy pronto y las noches siguientes, incluso los forasteros, al pasear por la ciudad de Huma, bajaron la cabeza.

El señor Kum mandó llamar al Primer Consejero Men.

–¡Ordena a todos los ciudadanos que caminen con la cabeza alta! –chilló–. Todo aquel que camine con la cabeza baja pagará una multa.

Aquella noche, todos los ciudadanos de Huma salieron a la calle con gafas negras de sol. Con la cabeza alta, como había ordenado el señor Kum. Los Guardias se restregaron las manos y sacaron las libretas de los bolsillos.

–Esta vez no lo conseguiréis. Venga, dadnos las monedas de plata.

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? ¿No estáis mirando la Luna? ¿Y de quién es la Luna?

–Del excelentísimo señor Kum, eso ni siquiera se pone en duda. Pero nosotros no la vemos, a causa de estas gafas negras. Y si no la vemos, no la consumimos. Por lo tanto, ¿por qué tenemos que pagar la tasa?

Los Guardias de la Luna querían comerse los dedos de rabia, pero el señor Kum todavía no había prohibido llevar gafas negras.

Tan grande fue el despecho del tirano, que enfermó y murió. En su lecho de muerte ordenó al Primer Consejero Men:

–Quiero que mi Luna sea enterrada conmigo, en mi misma tumba.

–Así se hará –prometió Men.

MITOLOGIA: FILEMON Y BAUCIS

FILEMON Y BAUCIS

Zeus y Hermes descendieron desde el monte Olimpo a la tierra para comprobar la hospitalidad de los habitantes de Frigia. Llamaron a mil puertas pidiendo abrigo y descanso pero todas permanecieron cerradas. La única casa que los acogió fue la de Filemón y Baucis, una pareja de pobres ancianos que vivían en una pequeña y humilde choza de las colinas.

El anciano Filemón les invitó a sentarse en un banco de madera sobre el que su esposa había colocado una manta. Baucis removi6 las brasas de la chimenea para reavivar el fuego, lo aliment6 con hojarasca y cortezas secas, y con su d6bil soplo de anciana hizo renacer de nuevo las llamas. En un peque6o caldero prepar6 una humilde pero sabrosa comida para sus hu6spedes con un repollo, que su esposo había recogido aquella misma tarde del huerto, y una loncha de lomo de cerdo ahumado, que tenían colgado de una viga. Ofrecieron a los viajeros una cubeta de madera de haya con agua tibia para que pudieran descansar y calentarse los pies.

Baucis limpi6 la mesa con verdes hojas de menta y sirvi6 aceitunas, verdes y negras, cerezas maceradas en vino, endibias, r6banos, cuajada, huevos y un buen vino. El guiso de repollo estaba exquisito y fue muy alabado por todos los comensales. Los postres consistieron en nueces, higos secos, d6tiles, ciruelas, manzanas arom6ticas, uvas y un reluciente panal de miel que colocaron en el centro de la mesa. La generosidad y hospitalidad de los dos ancianos les había hecho ofrecer a sus hu6spedes todo lo que tenían y, siempre, mostrando un rostro afable y sonriente.

Filemón y Baucis observaron que la jarra de vino, que habían vaciado varias veces, se volvía a llenar sola. Se dieron cuenta que aquellos hombres eran, en

realidad, dioses y les imploraron perdón por la escasa comida y la pobreza de su casa. Filemón se levantó a sacrificar el único ganso que tenían para ofrecérselo a los dioses. Entonces Zeus les dijo:- Es verdad que somos dioses y vamos a castigar a todos los habitantes de esta comarca por su falta de hospitalidad. ¡Seguidnos hasta la cima del monte! Cuando llegaron a la cumbre vieron que un enorme lago había sumergido toda la región ahogando a todos los habitantes de Frigia. Lo único que no se había cubierto por las aguas era su humilde choza. Filemón y Baucis, asombrados por lo que estaban viendo, lloraban por sus vecinos y en aquel momento su vieja y pequeña cabaña se transformó en un hermoso templo. Zeus les dijo:- Pedidme lo que queráis. Filemón habló brevemente con Baucis y expuso este deseo a los dioses:- Puesto que hemos vivido juntos en esta tierra toda nuestra vida queremos seguir aquí como guardianes y sacerdotes de vuestro templo y también deseamos que la muerte nos lleve a los dos al mismo tiempo para que yo jamás pueda ver la tumba de mi esposa y ella no tenga que enterrarme a mí.

Y así juntos y felices vivieron muchos años más hasta que un día, ya muy viejos y achacosos, sentados en la escalinata del templo vio Baucis que le salían hojas a Filemón, y Filemón vio que a Baucis le ocurría lo mismo y mientras sus cuerpos se transformaban en troncos y las ramas crecían sobre sus cabezas se hablaban y se cruzaban palabras de despedida y cuando las hojas casi les impedían verse los dos pronunciaron al unísono la misma frase:- Adiós, mi amor.

Y las ramas sellaron y ocultaron sus labios para siempre. Filemón se transformó en roble y Baucis en tilo. Desde entonces ambos permanecen unidos con las ramas entrelazadas.

El paraguas Jacinto

[Minicuento - Texto completo.]

Álvaro Cunqueiro

Guerreiro de Noste iba por el monte, cruzando la sierra que llaman Arneiro, cuando se encontró con un hombre que llevaba un paraguas enorme, más alto que él, la tela de color ceniza. Guerreiro le dio los buenos días, y se admiró del tamaño del paraguas, que nunca otro viera.

-¡Eso no es nada! -dijo el hombre que era un tipo pequeño y colorado, y lucía un gran bigote entrecano.

Y le mostró a Guerreiro el puño del paraguas, que era un rostro humano, con barba de pelo y ojos de cristal, y la boca colorada y abierta parecía la de un humano con vida.

-¡Vaya boca! -comentó Guerreiro.

-¡Paraguas, saca la lengua! -ordenó el dueño del paraguas.

Y por la boca aquella sacó el paraguas la lengua, larga y colorada, una lengua de perro que lamió cariñosamente la mano del amo. El cual se quitó la boina y la puso en el suelo, delante de Guerreiro, quien echó en ella una peseta.

-¿Qué trampa tiene? -preguntó Guerreiro, que era muy curioso.

El desconocido se rió.

-No tiene trampa ninguna, que es mi cuñado Jacinto.

Y explicó que su cuñado Jacinto encontrara aquel paraguas en un campo, en Friol, y le pareció un buen paraguas, algo grande, eso sí, y como el paraguas parecía perdido, lo cogió, y se alegró de aquel hallazgo, porque en aquel momento comenzó a llover fuerte. Jacinto abrió el paraguas, y este, abriéndose y cerrándose, se tragó a Jacinto. Abierto, el paraguas corrió por el aire a posarse en la era de la casa de Jacinto, junto al pajar. Jacinto, perdido no se sabe dónde, dentro del paraguas, gritaba por la boca del puño, que aún no le naciera barba en el mentón. Acudieron la mujer, los cuñados, los suegros, los vecinos.

-¡Soy Jacinto, María! -le gritaba a la mujer.

Esta no sabía qué hacer. La voz era la de Jacinto. Por si valía de algo, la mujer se plantó ante el paraguas, que se mantenía abierto en el aire.

-¡Si eres Jacinto Onega Ribas, casado con Manuela García Verdes, da una prueba!

Y fue entonces cuando Jacinto, por vez primera, sacó la lengua.

-¡La misma! -dijo la mujer, que digo yo que la conocería.

En verdad, Jacinto tenía una lengua muy larga, que le revertía de la boca cuando estaba distraído, y que le valiera muchos arrestos cuando hizo el servicio militar en Zamora 8, en Lugo. Y ahora, desde que era paraguas, o habitaba el paraguas, aún le creciera más con el ejercicio que hacía sacándola para decir que estaba allí, y con las caricias que hacía a los parientes, e incluso a las vacas, de las que se alimentaba directamente, mamando sabroso.

-¿Por qué no anda con él por las ferias? -preguntó Guerreiro, que ya estaba pesaroso de haber echado una peseta en la boina del cuñado de Jacinto.

-No quiere mi hermana, que hasta duerme con el paraguas. ¡Después de todo es su marido!

El cuñado de Jacinto dijo que iba a hacer un descanso, y se despidió de Guerreiro, quien siguió camino. Los dos cuñados quedaban hablando. El paraguas debía decir algo que al otro no le gustaba, que el pequeño del bigote le dio una bofetada. El paraguas gritó algo que Guerreiro no pudo entender. La discusión prosiguió, y Guerreiro apuró el paso, no fuera a verse metido en un lío. Llovía en aquel alto de Arís, en la banda del Arneiro oscuro. Guerreiro, antes de iniciar el descenso a Lombadas, se subió a una roca, y vio cómo el hombre del paraguas abría este, con bastante esfuerzo, y se metía debajo. El paraguas comenzó a volar sobre las ginestas en flor. Volaba contra viento, llevando al cuñado montado en la caña. Guerreiro no se pudo contener y gritó con todas sus fuerzas:

-¡Señor Jacinto!

Algo rojo lució en el puño del paraguas, por entre las piernas del cuñado de Jacinto. Era la lengua, sin duda. Luego Jacinto pegó un gran salto, y siguió viaje. Según Guerreiro hacia Guitiriz o La Coruña.

FIN

El malo y el bueno

[Minicuento - Texto completo.]

Fernando Díaz-Plaja

Los dos niños iban cubiertos de pieles y su edad era parecida. Uno era moreno, hirsuto, con expresión torva. El otro era rubio, con ojos azules. Cuando el primero cantaba parecía gruñir, cuando el segundo maldecía lo que oía era un canto de pájaros. El primero tenía la torpeza del bruto; el segundo, la gracia del ángel.

Jugaban frente a la cueva. El moreno había ido colocando con lentitud una piedra encima de otra. Ya eran dos, ya tres, ya cinco. El edificio se iba levantando poco a poco, las piedras se caían, y él las colocaba pacientemente en su puesto. El rubio lo miraba.

Se oyó un rumor de pasos a lo lejos. Los dos levantaron la cabeza para ver a su padre que volvía con la azada al hombro. Habló el moreno.

-Cuando sea mayor ayudaré a padre. Cavaré la tierra y sembraré... Veré crecer la planta, la segaré... Comeremos de lo que yo produzca.

El rubio sonrió desdeñoso.

-Estúpida labor... Te cansarás... Mira cómo vuelve padre, agotado, lleno de sudor... Yo no; yo cuidaré del rebaño. Porque el rebaño se cuida solo y yo estaré bajo el árbol, a la sombra, mirándolo... (se inclinó hacia su hermano), y luego me comeré tus hortalizas.

El padre se acercaba. El muchacho que levantaba la pirámide levantó los ojos hacia él. El rubio aprovechó el segundo y derribó con la mano la edificación entera. Luego, antes que el otro se repusiera de su asombrada indignación, corrió hacia su padre.

-Padre -la cabeza rubia se apoyó en la pierna musculosa y sucia del terrón, la cara medio oculta, como quien se avergüenza del proceder ajeno-, padre... Estaba haciendo una casa con piedras... y... y... él me la ha tirado.

La sonriente expresión del padre se tornó iracunda mirando al otro hijo; este, repuesto del asombro, empezaba a balbucear su versión. Pero la indignación le cortaba las palabras...

-Yo... no..., él...; yo...

-¡Cállate!

La mano protectora sobre la cabeza de rubios cabellos, el padre lo contemplaba.

-Siempre tienes que ser el malo..., el enemigo... ¿Por qué no imitas a tu hermano? ¿Por qué no eres más bueno...? (Bajó la cabeza.) Eres el otro castigo.

Entró en la cueva con un suspiro. El muchacho rubio sonrió y se apoyó en un árbol mirando al hermano. Este mascullaba protestas sordas contra la vida, contra la vida injusta y necia. Mientras tanto, iba colocando cuidadosamente de nuevo una piedra sobre la otra; pero ahora no dejaba de vigilar con el rabillo del ojo a su calumniador.

Se detuvo de pronto. Una liana ondulaba en la hierba... Sí, no cabía duda, era una serpiente. Se acercó a gatas, llevando en la mano una de las bases del edificio, que ahora debía servir de arma mortífera. Cuando levantaba la mano se la sujetaron por detrás.

-No la mates, quiero jugar con ella.

-Madre las odia. Quiere que respetemos todos los animales menos este... ¿Cuántas veces se lo has oído?

Se desasíó de su hermano y golpeó la aplastada cabeza. El reptil se agitó convulsivamente un poco, luego se quedó inmóvil. El rubio

permaneció unos segundos pensativo contemplándolo. Luego lo cogió de la cola y corrió hacia la cueva.

-¡Madre! ¡Madre!

Una mujer, que había sido bella y había llorado mucho, apareció en el umbral.

-Mira, madre, sé que tú las odias, y la he matado; ¿qué te parece?

La mujer miró el cuerpo yerto y se estremeció de repugnancia y de terror antiguo...

-Has hecho bien, mi vida..., debes matarlas a todas..., a todas...

-Él no quería que lo hiciera. Decía que quería jugar con ella y quería pegarme..., pero yo la he matado lo mismo, porque sabía que te gustaría, madre...

-Y a él no le importaba ofenderme... Siempre el mismo... -suspiró-. Ven, hijo, entra...; empieza a hacer frío..

El sol empezaba a ponerse. El muchacho que quedaba fuera, seguía encorvado y a su alrededor el ocaso iba poniendo una aureola sangrienta. Miró la mano que sujetaba la piedra y la abrió lentamente. La piedra, todavía manchada de sangre, cayó, incrustándose en la hierba fresca. El muchacho miró hacia la cueva y luego al cielo. En su alma había una gigantesca pregunta que nadie podía contestar.

-¿No quieres comer?

Su padre estaba frente a él. No tenía aire encolerizado, sino triste. La tristeza del hombre que ha perdido la felicidad para siempre, la tristeza del que sabe que esta pérdida se debe exclusivamente a sus propios pecados y no le queda el recurso de achacarla a la maldad ajena. En sus ojos no había cólera, sino dolor. Un dolor de siglos que no eran pasados, sino futuros. Cuando aquel hombre lloraba lo hacía por algo que había de pasar.

-Vamos, entra.

Caín se enderezó y le siguió lentamente.

FIN

El reincidente

[Minicuento - Texto completo.]

Rafael Sánchez Ferlosio

El lobo, viejo, desdentado, cano, despeluchado, desmedrado, enfermo, cansado un día de vivir y de hambrear, sintió llegada para él la hora de reclinar finalmente la cabeza en el regazo del Creador. Noche y día caminó por cada vez más extraviados andurriales, cada vez más arriscadas serranías, más empinadas y vertiginosas cuestas, hasta donde el pavoroso rugir del huracán en las talladas cresterías de hielo se trocaba de pronto, como voz sofocada entre algodones, al entrar en la espesa cúpula de niebla, en el blanco silencio de la Cumbre Eterna. Allí, no bien alzó los ojos -nublada la visión, ya por su propia vejez, ya por el recién sufrido rigor de la ventisca, ya en fin por lágrimas mezcladas de autoconmiseración y gratitud- y entrevió las doradas puertas de la Bienaventuranza, oyó la cristalina y penetrante voz del oficial de guardia, que así lo interpelaba:

-¿Cómo te atreves siquiera a aproximarte a estas puertas sacrosantas,

con las fauces aún ensangrentadas por tus últimas cruentas refecciones, asesino?

Anonadado ante tal recibimiento y abrumado de insoportable pesadumbre, volvió el lobo la grupa y, desandando el camino que con tan largo esfuerzo había traído, se reintegró a la tierra y a sus querencias y frecuentaderos, salvo que en adelante se guardó muy bien, no ya de degollar ovejas ni corderos, que eso la pérdida de los colmillos hacía ya tiempo se lo tenía impedido, sino incluso de repasar carroñas o mondar osamentas que otros más jóvenes y con mejores fauces hubiesen dado por suficientemente aprovechadas. Ahora, resuelto a abstenerse de tocar cosa alguna que de lejos tuviese algo que ver con carnes, hubo de hacerse merodeador de aldeas y caseríos, descuidero de hatos y meriendas. Las muelas, que, aunque remeciéndose ya las más en los alveolos, con todo, conservaba, le permitían roer el pan; pan de panes recientes cuando la suerte daba en sonreír, pan duro de mendrugos casi siempre. Viviendo y hambreando bajo esta nueva ley permaneció, pues, en la tierra y en la vasta espesura de su monte natal por otro turno entero de inviernos y veranos, hasta que, doblemente extenuado y deseoso de descanso tras esta a modo de segunda vuelta de una antes ya larga existencia, de nuevo le pareció llegado el día de merecer reclinar finalmente la cabeza en el regazo del Creador. Si la ascensión hasta la Cumbre Eterna había sido ya acerba la primera vez, cuánto más no se le habría vuelto ahora, de no ser por el hecho de que la disminución de vigor físico causada por aquel recargo de vejez sobreañadido sería sin duda compensada en mayor o menor parte por el correspondiente aumento del ansia de descanso y bienaventuranza. El caso es que de nuevo llegó a alcanzar la Cumbre Eterna, aunque tan insegura se le había vuelto la mirada que casi no había llegado siquiera a vislumbrar las puertas de la Bienaventuranza cuando sonó la esperada voz del querubín de guardia:

-¿Así es que aquí estás tú otra vez, tratando de ofender, con tu sola

presencia ante estas puertas, la dignidad de quienes por sus merecimientos se han hecho acreedores a franquearlas y gozar de la Eterna Bienaventuranza, pretendiéndote igualmente merecedor de postulada? ¿A tanto vuelves a atreverte tú? ¡Tú, ladrón de tahonas, merodeador de despensas, salteador de alacenas! ¡Vete! ¡Escúrrete ya de aquí, tal como siempre, por lo demás, has demostrado que sabes escurrirte, sin que te arredren cepos ni barreras ni perros ni escopetas!

¡Quién podrá encarecer la desolación, la amargura, el abandono, la miseria, el hambre, la flaqueza, la enfermedad, la roña, que por otros más largos y más desventurados años se siguieron! Aun así, apenas osaba ya despuntar con las encías sin dientes el rizado festón de las lechugas, o limpiar con la punta de la lengua la almibarada gota que pendía del culo de los higos en la rama, o relamer, en fin, una por una, las manchas circulares dejadas por los quesos en las tablas de los anaqueles del almacén vacío. Pisaba sin pisar, como pisa una sombra, pues tan liviano lo había vuelto la flaqueza, que ya nada podía morir bajo su planta por la sola presión de la pisada. Y al cabo volvió a cumplirse un nuevo y prolongado turno de años y, como era tal vez inevitable, amaneció por tercera vez el día en que el lobo consideró llegada para él la hora de reclinar finalmente la cabeza en el regazo del Creador.

Partió invisible e ingrátido como una sombra, y era, en efecto, de color de sombra, salvo en las pocas partes en las que la roña no le había hecho caer el pelo; donde lo conservaba, le relucía enteramente cano, como si todo el resto de su cuerpo se hubiese ido convirtiendo en roña, en sombra, en nada, para dejar campear más vivamente, en aquel pelo cano, tan sólo la llamada de las nieves, el in extinto anhelo de la Cumbre Eterna. Pero, si ya en los dos primeros viajes tal ascensión había sido excesiva para un lobo anciano, bien se echará de ver cuán denodado no sería el empeño que por tercera vez lo puso en el camino, teniendo en cuenta cómo, sobre aquella primera y, por así decido,

natural vejez del primer viaje, había echado encima una segunda y aun una tercera ancianidad, y cuán sobrehumano no sería el esfuerzo con que esta vez también logró llegar. Pisando mansa, dulce, humildemente, ya solo a tientas reconoció las puertas de la Bienaventuranza; apoyó el esternón en el umbral, dobló y bajó las ancas, adelantó las manos, dejándolas iguales y paralelas ante el pecho, y reposó finalmente sobre ellas la cabeza. Al punto, tal como sospechaba, oyó la metálica voz del querubín de guardia y las palabras exactas que había temido oír:

-Bien, tú has querido, con tu propia obstinación, que hayamos acabado por llegar a una situación que bien podría y debería haberse evitado y que es para ambos igualmente indeseable. Bien lo sabías o lo adivinabas la primera vez; mejor lo supiste y hasta corroboraste la segunda; ¡y a despecho de todo te has empeñado en volver una tercera! ¡Sea, pues! ¡Tú lo has querido! Ahora te irás como las otras veces, pero esta vez no volverás jamás. Ya no es por asesino. Tampoco es por ladrón. Ahora es por lobo.

FIN